

El honor del guerrero

Michael Ignatieff

INTRODUCCION

Entre 1993 y 1997 recorrí los paisajes de la moderna guerra étnica: estuve en Serbia, Croacia y Bosnia; en Ruanda, Burundi, Angola; y en Afganistán. Vi las ruinas de Vukovar, Huambo y Kabul; los cadáveres en la iglesia en Nyarubuye; y a los huérfanos de Mazar al Sharif. En los controles me encontré con los nuevos guerreros: jóvenes descalzos con kalashnikovs, paramilitares con gafas de sol envolventes, fanáticos con turbante del talibán que dejaban sus esterillas para la oración junto a sus fusiles.

Se dio la circunstancia de que realicé estos viajes justo después de que se hubiera desatado una nueva ola de intervencionismo internacional durante la guerra del Golfo y antes de que ésta apareciera en Bosnia. Quería descubrir qué mezcla de solidaridad moral y soberbia había alentado a las naciones occidentales a embarcarse en esta breve aventura para poner orden en el mundo. ¿Qué nos había incitado a supervisar elecciones en Camboya, a procurar la defensa de los kurdos frente a Sadam, a enviar tropas de las Naciones Unidas a Bosnia, a restaurar la democracia en Haití, a sentar a los guerrilleros angoleños en torno a la mesa de negociaciones? ¿Y qué es lo que todavía conecta, si es que existe algo, las zonas seguras donde yo mismo y la mayoría de los lectores de este libro sin duda vivimos con las zonas de riesgo, donde la lucha étnica se ha convertido en un modo de vida?

En un libro anterior, *The Needs of Strangers*, me ocupaba de la obligación moral entre desconocidos en ámbitos nacionales, dentro de Estados-nación. Aquí me centro en la obligación moral que va más allá de nuestra tribu, de nuestro país, de nuestra familia, de nuestro conjunto de relaciones íntimas. *El honor del guerrero* versa sobre el impulso de “hacer algo” que todos experimentamos cuando vemos por televisión algún informativo sobrecogedor sobre Bosnia, Ruanda o Afganistán. ¿Por qué motivo concreto algunos nos sentimos responsables de esos desconocidos? ¿Qué escenarios y qué pautas de compromiso nos mueven a implicarnos personalmente con unos pueblos que nos eran ajenos hasta que el encuentro fortuito con unas atroces imágenes televisadas nos empujó a la acción?

En el siglo XIX los intereses imperialistas vinculaban ambos mundos: el marfil, el oro y el cobre conducían a los agentes imperiales hasta el corazón de las tinieblas. Durante los cincuenta años de Guerra Fría, la presencia en cualquier guerra étnica de agentes, espías o mercenarios de una de las superpotencias garantizaba la presencia de la otra a favor del bando contrario. Actualmente no hay rivalidad entre imperios ni enfrentamiento ideológico que provoque que las zonas seguras consideren de su incumbencia a las zonas de riesgo. Lo que queda es un trasfondo de compasión y este nexo — inconstante y ambiguo— constituye el tema del libro.

No está claro por qué unos desconocidos en peligro en algún rincón del mundo *serían* asunto nuestro. Para la práctica totalidad de la historia de la humanidad, las fronteras de nuestro universo moral eran las fronteras de la tribu, del idioma, de la religión o de la nación. La idea de que tendríamos obligaciones con los seres humanos más allá de nuestras fronteras, sencillamente porque pertenecemos a la

misma especie, es un invento reciente, el resultado de nuestro despertar a la vergüenza de haber hecho tan poco por millones de extranjeros que murieron en los experimentos de terror y exterminio de este siglo. Nada bueno nació de aquellos actos, salvo quizá la conciencia de que todos somos el “ser mismo” de Shakespeare: el hombre puro, el pobre animal desnudo y erguido. Este “ser mismo” se ha convertido en el tema —y en el fundamento— de la cultura actual de los derechos humanos universales.

Los ensayos subsiguientes investigan los vínculos morales que nos permite crear la nueva cultura. Algunos de ellos se refieren a los occidentales que convierten el desamparo de los desconocidos en un asunto propio: las atrocidades y los ideales que alientan su participación, las complejidades de orden moral que derivan del compromiso y el ciclo de desilusión que suele acompañar a la fatiga y al abandono. Esta solidaridad es un nuevo rasgo esencial en la concepción moral actual. En el siglo XIX estos individuos habrían sido diplomáticos, misioneros y jefes de estaciones de montaña imperiales. Actualmente son personal de ayuda, reporteros, abogados en los tribunales donde se juzgan crímenes de guerra, observadores del cumplimiento de los derechos humanos, trabajando todos en nombre de un ideal moral intangible: el que los problemas de otras gentes, por muy lejos que estén, nos incumben a todos. No obstante, casi todos los que intentan ajustar su vida a semejante ideal tienen mala conciencia: nadie sabe a ciencia cierta si el compromiso mejora o empeora las cosas; nadie sabe hasta dónde debería llegar su participación; nadie sabe hasta qué punto son en realidad profundos sus compromisos —están mediatizados, a fin de cuentas, por la televisión y nuestra solidaridad puede ser intensa, aunque superficial—. La

fábula de Conrad sobre la repugnancia moral —*El corazón de las tinieblas*— continúa siendo perturbadoramente válida.

El segundo tema en importancia que trato es: una vez involucrados, ¿con qué nos enfrentamos? ¿Qué está pasando para que el mundo parezca tan peligroso y caótico? ¿Quiénes son los nuevos arquitectos de la guerra posmoderna, paramilitares, guerrillas, milicias y señores de la guerra que están desgarrando los estados malogrados de la década de los noventa? La guerra solían perpetrarla los soldados regulares; ahora la hacen soldados no regulares. Ésta puede ser la razón de por qué resultan tan salvajes las contiendas posmodernas, de por qué los crímenes de guerra y las atrocidades son actualmente intrínsecas al propio desarrollo bélico.

Existe una desconexión moral entre los nuevos artífices de la guerra y los intervencionistas liberales que representan los nuevos valores morales. Nosotros los occidentales venimos de una ética de alcance universal fundamentada en los principios de los derechos humanos; ellos, en cambio, parten de una ética de alcance particular que establece el límite de los legítimos intereses morales en la tribu, la nación o la pertenencia a una etnia. Lo que muchas organizaciones, entre ellas la Cruz Roja, han descubierto es que los derechos humanos tienen poco o ningún valor para este mundo en conflicto. Es preferible dirigirse a estos combatientes como guerreros antes que como seres humanos, pues los guerreros respetan códigos de honor y los seres humanos — en su calidad de tales— carecen de los mismos. Pese a todo, ¿qué representa el honor de un guerrero para un huérfano desarrapado armado con un kalashnikov o para un soldado indígena no regular cualquiera que sobrevive gracias al saqueo y la rapiña? En la medida en que se desintegran las

naciones, así lo hacen los ejércitos y las cadenas de mando y, al unísono, los códigos locales de guerra que a veces la salvan de la bestialidad. Tal es el escenario desesperado donde los agentes de la ayuda internacional se esfuerzan por enseñar a los autóctonos un código moral, así como estrategias de apoyo que eviten que la guerra étnica degeneren en genocidio.

Otro tema de este libro es el impacto de la guerra étnica en otros países sobre nuestro modo de enfocar la acogida de extranjeros en los nuestros. El salvajismo de sus contiendas nos lleva a dejarnos ganar por la misantropía. Es fácil considerar la guerra étnica como un repunte atávico del tribalismo irremediable que nos acecha universalmente y como una prueba de que está descartada la convivencia entre razas y etnias diferentes. Desde la obra *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, los viajeros que regresan de zonas de riesgo han utilizado sus experiencias para fustigar las ilusiones liberales de quienes viven en las zonas...